

GISBERT GRESHAKE, *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo*, Editorial Sal Terrae: Presencia teológica 122, Santander 2002, 136 pp. ISBN: 84-293-1469-4.

La fe en la trinidad ha sido puesta en cuestión en la modernidad especialmente por su incomprensibilidad (Goethe) y su ineficacia (Kant). El autor de este «pequeño» libro quiere poner de relieve que la trinidad es la clave de comprensión del cristianismo y de la realidad en general. Por esta razón este libro, a la vez que aportar una clave para comprender el misterio trinitario, quiere ser una clave para comprender la totalidad del cristianismo y de la realidad. En este sentido G. Greshake ha prolongado en su contenido concreto, en las diferentes realidades cristianas y en los diferentes tratados teológicos, lo que ya Rahner formuló como afirmación fundamental: que la trinidad es el fundamento trascendente de la historia de la salvación. Mostrar que este misterio es fundamento trascendente y, a la vez, realidad que repercute en el contenido concreto y categorial del cristianismo (*ad intra*: creación, redención, eclesiología, escatología y *ad extra*: diálogo interreligioso y con la cultura contemporánea) es el centro y la aportación fundamental de este libro.

El autor muestra así la intrínseca relación entre verdad y plausibilidad. La verdad más profunda del cristianismo no sólo no es algo incomprensible e inútil, sino aquello que tiene mayor repercusión en la realidad. La verdad del dogma de la trinidad no depende de su plausibilidad, es decir, de su aceptación y comprensión en el mundo contemporáneo, o de repercusión en la vida práctica del cristiano. Su verdad «no es inmediatamente práctica» (p. 49). Sin embargo, con razón, el autor señala que esta fe en el Dios uno y trino provoca y conlleva una nueva forma de comprender la realidad y de actuar en ella y sobre ella. La verdad que ella nos da y nos comunica no se mide por su aportación a la vida del hombre sino que es ella la que mide y da la medida de todo lo demás (p. 11). En este sentido esta afirmación de fe posee frente a toda acción y comprensión humanas un carácter primordial e insobornable.

El libro está dividido en cuatro partes. La primera trata de los fundamentos en los que se asienta la doctrina cristiana de la trinidad. No existe otro acceso al misterio de Dios trinitario que el que nos ofrece Dios mismo a través de la revelación en Jesucristo y en el Espíritu Santo (H. U. von Balthasar). En este sentido el testimonio de la Sagrada Escritura es fundamental, pero no tanto entendida como un arsenal de textos aislados desde donde intentamos probar y demostrar la fe en la trinidad, sino como un testimonio global, «mirando a la experiencia primitiva y fundamental de la fe neotestamentaria testimoniada en la Sagrada Escritura» (p. 14). La trinidad antes que fórmula de fe es *acontecimiento* que se cuenta y experiencia de la que se da testimonio (p. 16). Este acontecimiento, en el que Dios se da y se revela, nos manifiesta que Dios es, en su misterio íntimo y personal, *comunidad de vida en el amor*. «Él es unidad originaria de relación amorosa; dicho más exactamente: es *acontecimiento de mediación* de tres personas que realizan su vida en amor perfecto» (p. 28). El capítulo segundo trata de comprender la fe trinitaria —una vez contemplados sus fundamentos— desde las implicaciones y repercusiones que éste acontecimiento de salvación y dogma de fe tiene para otras realidades de la fe y de la vida humana, pues «la fe en el Dios trinitario transforma toda la comprensión de la realidad». El misterio trinitario tiene una lógica profunda que podemos acoger, pensar y representar:

es la *lógica del amor*. Del amor del Padre que es «misterio inconcebiblemente insondable del darse», del Hijo que es «existencia en recepción» y del Espíritu «que une al Padre y al Hijo y hace que la vida de estos se desborde» (p. 36). Con ella no podemos agotar el misterio de Dios pero sí nos lo hace más comprensible e inteligible. Desde esta lógica del amor (dar-recibir-devolver [p. 33]) podemos descubrir la eficacia y la significación concreta que esta verdad de fe (antes acontecimiento de comunión de vida en el amor) tiene para la vida en general y en la vida cristiana en particular. Este misterio es la clave de comprensión de la *persona humana* como ser en relación y en comunión, rompiendo así el modelo de la subjetividad individual que ha dominado en el pensamiento occidental y que ha conducido a la rivalidad y al enfrentamiento; de la *creación*, tanto en su origen y fundamento, como en su final y en su destino (Dios nos ha creado por amor y para el amor, siendo la historia y el tiempo momento de la dilatación de ese amor de Dios y posibilidad para los hombres de acoger y realizar el proceso de «trinitarización» (p. 55): hacerse comunión); de la *encarnación* de Dios, de la *redención* del hombre y de la vida y misterio de la *Iglesia*. El capítulo tercero muestra las consecuencias e implicaciones de esta doctrina en el diálogo interreligioso y con la modernidad. La significación de la teología trinitaria para el diálogo interreligioso creo que es muy importante y sugerente pues invierte el pensamiento que cree que es precisamente esta doctrina la que impide el diálogo. La fe en el Dios trinitario nos facilita y ayuda a asumir las fundamentales *tendencias y actitudes religiosas* (apofática y unitaria) que se dan en otras religiones (más que las tradiciones religiosas mismas) haciendo así un diálogo profundo y verdadero desde la entraña de la fe cristiana (y no renunciar a ella). Este misterio de Dios trinitario nos posibilita dialogar y superar la crítica de la religión que especialmente se ha realizado desde de la modernidad (Nietzsche, Freud). Pues al comprender a Dios desde la lógica del amor como acontecimiento de comunión en el amor interpersonal se supera la imagen de un Dios como un «superpadre» que conduce a los hombres a la permanente minoría de edad e infantilismo, que o bien responden con la petición de un Dios que colme su permanente inmadurez o lo suplanta colocándose él como absoluto. En el capítulo cuarto (tomado en su integridad del libro anterior sobre la trinidad) el autor profundiza en la fe en la trinidad desde las diferentes expresiones y manifestaciones que ésta ha tenido en la historia del arte. Si la teología intenta expresar el misterio desde el rigor del concepto, el arte lo ha hecho desde la amplitud de la imagen y del símbolo. El autor finaliza —como ya hiciera San Agustín al final del *De Trinitate*—, con una clara afirmación de la incomprendibilidad del misterio de Dios y la necesidad de permanecer en el silencio y en la adoración (desierto) después del esfuerzo y trabajo de intentar comprender con la inteligencia aquello que nos es dado en la fe.

Estamos ante un gran libro. Especialmente valioso como introducción al misterio de la trinidad. Un libro que sólo puede realizar alguien que ha escrito anteriormente otro «gran» libro sobre el tema y que está en la base de este otro (*El Dios uno y trino. Una teología de la trinidad*, Barcelona 2001). Pero todo lo que se simplifica, a la vez que tiene la virtud de darnos la esencia de aquello que nos ofrece, tiende a ocultar la realidad más rica y compleja. En este sentido el autor aboga —siguiendo la teología marcada en su gran obra— por una serie de acentuaciones legítimas (comunión, relación, perijóresis, acontecimiento), pero que no pueden ser subrayadas de tal forma que nos hagan perder la perspectiva de la tradición anterior (unidad, esencia, singularidad, individualidad, ser) a veces tratada un poco a la ligera. Espe-

cialmente en lo que hace referencia a todo un pensamiento anterior que si bien es verdad ha estado centrado con cierta exclusividad en el problema de la unidad no significa inmediatamente que este pensamiento sólo sea la expresión de un deseo de eliminar la siempre incómoda diferencia y alteridad. Y lo mismo sea dicho para la comprensión del concepto de persona. Hoy privilegiamos las categorías de comunión y relación, pero sin las de singularidad e individualidad, las primeras caerían en el vacío y el sin sentido.

Por otro lado respecto al contenido teológico más concreto me parece magistral el resumen que el autor hace de las nuevas perspectivas teológicas que han puesto de relieve la relación entre cruz y trinidad (desde la perspectiva de Dios) así como la renovación (y no simple sustitución por incómodas para el hombre contemporáneo) de la comprensión de categorías tan centrales en la soteriología como son la de expiación y representación (siguiendo a autores como H. U. von Balthasar, N. Hoffmann, K.-H. Menke, entre otros). La tesis que defiende el autor sobre la identidad, en cuanto al contenido, entre la muerte y resurrección de Cristo es sugerente en cuanto que muestra la unidad insuperable entre ambas (en las dos direcciones posibles) así como se muestra claramente la implicación de las tres personas en el misterio pascual (pp. 81-82). Precisamente por esta razón hay que mostrar la diferencia de ambas en cuanto al sujeto y agente principal de cada una de ellas. Si en la muerte es el *Hijo* el que en obediencia se entrega al Padre, en la resurrección es el *Padre* quien responde a esta obediencia y fidelidad del Hijo resucitándolo y exaltándolo a su derecha. En la unidad afirmada hay una diferencia y un hiato, que sin poder exagerar y llevar hasta el extremo de la cesura y el desgarrar, hay que mantener para no caer en ningún tipo de docetismo larvado.

En resumen, un libro muy aconsejable para todo aquel que quiera iniciarse en la teología de la trinidad y, a la vez, quiera comprender cuál es la clave de comprensión de la realidad y del cristianismo.—ÁNGEL CORDOVILLA PÉREZ.

HERMANN HÄRING, *Il male nel mondo. Potenza o impotenza di Dio?*, Brescia, Queriniana, 2001, 337 pp. ISBN: 88-399-0777-7.

Se trata de un libro denso que presenta una panorámica del mal, en clave filosófico-teológica atenta de modo especial a la vertiente humana del problema en sus manifestaciones concretas y, a la luz del pasado, sobre todo en nuestros días.

La articulación de los seis capítulos de la obra pone de manifiesto su estructura «sistemática». Tras unas primeras perspectivas sobre la cuestión y la forma en que va a ser abordada, se realiza un recorrido por la Escritura que hace ya emerger el carácter complejo del tema, que tan bien se refleja en estos libros de la revelación, de vida por antonomasia. A continuación dos capítulos, paralelos, subrayan cómo la acuidad del asunto va más allá de la metafísica y de la reflexión cosmológica; se perfila por encima de todo como existencial y así lo pone de manifiesto el recorrido desde San Agustín a Kierkegaard, pasando por Lutero y Pascal.

Ello no implica disminuir la importancia de la consideración del mal como carencia de bien, perturbación o quebranto de un orden que en definitiva quedará a salvo; ya esta perspectiva ayuda a pensar en la parte que corresponde a las fuerzas o condicionamientos anónimos en la cuestión del mal. H. Häring se refiere al orden y (el de-